

Mahón 17 Marzo 1905

EL PORVENIR DEL OBRERO

La Revolución necesaria

El conde León Tolstoi, conversando con el periodista español D. Luís Morote, ha dado la verdadera significación del actual movimiento revolucionario: *la libertad de la tierra.*

No basta consignar en las constituciones la libertad y los derechos del hombre. Para que esa libertad sea verdadera y esos derechos sean prácticos, es indispensable que el hombre tenga reconocido y asegurado el primero de los derechos, el derecho á la vida.

La tierra y todos los medios de producción están en poder de unos cuantos privilegiados que, amparados por la ley en todos los países, poseen exclusivamente todos los frutos naturales y los productos del trabajo. Los otros, que son la gran mayoría de los hombres, carecen de todo y pueden morir de hambre en medio de la mayor abundancia, como sucede con triste frecuencia.

Tal es la realidad presente, lo mismo en las naciones bárbaras que en las civilizadas, lo mismo en las monarquías que en las repúblicas, lo mismo en los países pobres que en los más ricos por su suelo ó por su industria.

En todas partes los poseedores del capital emplean solamente á los trabajadores que necesitan, pagándoles por su trabajo lo menos posible y dejando sin jornal, que es decir sin medios de vida, á los que no son necesarios para conservar y aumentar las riquezas de los capitalistas. Según sea mayor ó menor la prosperidad de un país, halla colocación mayor ó menor número de operarios; pero siempre queda un sobrante de trabajadores sin trabajo, á quienes las constituciones modernas conceden el título de ciudadanos, pero que carecen de pan, de casa, de abrigo y que prácticamente están en condiciones iguales ó peores que los antiguos esclavos. Los que hoy tienen trabajo ignoran si lo encontrarán mañana, mejor dicho saben con seguridad que ha de faltarles cuando se vean enfermos ó viejos. De modo que en nuestra sociedad actual, cuando el trabajador no sufre los horrores de la miseria de momento, está siempre expuesto á caer en ella quizá muy pronto.

Para remediar tal estado de cosas, de nada sirven las reformas constitucionales, ni los cambios de forma en los gobiernos. La experiencia lo demuestra. En repúblicas y en monarquías el trabajador encuentra las mismas dificultades para la vida, y es precisamente en una república, la norteamericana, que suele citarse como modelo, donde el capitalismo se muestra más feroz y omnipotente.

Tampoco podrán conseguir un resultado satisfactorio y definitivo los trabajadores que

luchan aisladamente contra los abusos del capital por medio de las huelgas; porque el mal no está en los abusos combatidos, sino en la existencia misma de la propiedad privada. Podrán las huelgas mejorar, de momento y en circunstancias favorables, las condiciones de vida en determinada región y oficio; pero las causas del mal subsistirán, porque están por encima de la voluntad de los obreros y de los patronos, y por una crisis que sobrevenga, ó por la acumulación natural é inevitable de brazos, se volverán á perder, más pronto ó más tarde, las ventajas obtenidas.

Mientras el actual sistema de propiedad subsista, ni los patronos, aunque quisieran, podrían mejorar la condición de sus operarios, ni éstos podrán asegurar su derecho á la vida y al bienestar. Es indispensable cambiar el actual régimen de producción y de consumo.

La tierra es la fuente de toda la riqueza. De ella procede todo lo que sirve para la alimentación del hombre, para su vestido, para todas sus necesidades. Todas las cosas que directamente ó transformadas por la industria aprovechan al hombre se hallan sobre la tierra. ¿Con qué derecho, pues, unos cuantos hombres se han apoderado de la tierra, privando á los demás de los frutos naturales é impidiéndoles trabajar libremente para conseguir los productos que son necesarios para la vida de todos?

La tierra, como el aire, como la luz, como las aguas, como todas las cosas necesarias, no tiene naturalmente dueño. El derecho de todos á usarlas en la medida de nuestras necesidades, no es sino una consecuencia precisa del derecho á la vida. Por lo tanto, el haber acaparado la tierra en manos de unos pocos, impidiendo que los demás pudiesen gozar de sus productos, es haber realizado una usurpación, es haber atentado contra el derecho y la vida de todos.

Esta usurpación y este atentado contra los derechos de toda la humanidad han sido la causa de todos los males que sufre la inmensa mayoría de los hombres. Sólo será posible el bienestar cuando se haya rectificado ese gran error de las civilizaciones pasadas, cuando se haya restablecido el derecho natural, cuando se haya redimido á la tierra de la usurpación á que está sometida.

Todas las revoluciones que se han realizado en Europa y América, si bien provechosas para la clase media, han resultado inútiles para el pueblo, para la gran mayoría, porque no destruyeron el mal en su raíz, porque cambiaron los dueños de la riqueza, pero dejaron al fin que la tierra continuase teniendo dueños.

Tolstoi espera que no sucederá lo mismo en la revolución actual; confía que «el

siglo xx resolverá el problema de la propiedad privada» y que «á la Rusia le tocará abolir la propiedad de la tierra».

La tierra libre, para que todos puedan cultivarla, para que todos puedan gozar de sus productos, es el único ideal que merece los sacrificios de una revolución,

JUAN CUALQUIERA

Las negaciones del Estado

I

Después de extinguidas las libertades y franquicias de las ciudades medioevales, y muertos hasta los impulsos de las asociaciones anseáticas, y sus análogas de la Europa central y occidental, el Estado empezó á establecer los primeros principios para convertirse en vértice donde la vida universal de los pueblos debiera confundirse como los radios de un círculo en el centro que los aprisiona.

El largo período de las monarquías despóticas metió casi en absoluto la impulsión primitiva de la vida comunal de la horda y la tribu que vemos progresar, en sentido inverso al desenvolvimiento de las ideas políticas, desde la muerte del imperio romano hasta bien entrados ya en el renacimiento. Las antiguas supersticiones políticas, según las cuales la persona de los reyes era una prolongación de los poderes divinos, representando por lo tanto los atributos y potestades de Dios, no podía producir otra cosa en el orden económico que la muerte de los organismos populares y las libertades subsiguientes, en beneficio de las aristocracias de la sangre, colaterales á la personalidad real ó descendientes de las antiguas castas sacerdotales y guerreras.

Por eso al morir en la Europa latina las monarquías absolutas se propagó el régimen representativo como una panacea, y hasta por un falso espejismo político, pareció que efectivamente desvinculaba las potestades del despótico organismo que venía á reemplazar. Y la popularidad de los hombres públicos, en oposición á la impopularidad del antiguo sistema, hizo que hasta los hombres avisados llegaran á creer en la descentralización de poderes. Así pudo decirse, en un momento de irreflexivo entusiasmo, que la iniciativa individual y el impulso de libres colectividades iban á adquirir la plenitud de su independencia.

Sin embargo, no ha sido así. Puede decirse, al contrario, que fué uno de los mayores errores filosóficos y políticos de cuantos caracterizaron el primer tercio del siglo pasado.

Ya en los últimos años de ese primer tercio, algunos precursores de las actuales con-

cepciones sociológicas, ponían en duda, no sólo la eficacia de las nuevas teorías, sino hasta la buena fé de la aristocracia del dinero, surgida como por ensalmo de los sangrientos episodios de la Revolución francesa. Pero entonces sus clamores perdiéronse confundidos con el estruendo de los entusiasmos populares. Las masas avanzadas creían haber salido de la esclavitud feudal y celebraban con júbilo tan extraordinario acontecimiento. Así se explica que en 1830 y 34, no comprendieran estas masas el alcance de las sangrientas represiones que las sometían á un régimen ya odioso, y á una nueva esclavitud, á la esclavitud industrial.

Juzgado desde hoy el clamor de los precursores de nuestras críticas, nada parece tan natural como comprender el fundamento de tales sospechas, confirmadas plenamente con la elocuencia de los hechos consumados.

Pero por algo se ha dicho que existen leyes anteriores á la voluntad colectiva y de las cuales son factores correlativos la ciencia, la filosofía, las artes y con ellas la noción de lo bueno, lo verdadero y lo justo. Si esta afirmación careciera de lógicos fundamentos sociológicos faltaría todavía en el número infinito de nuestras concepciones la expresión preceptiva que definiera el estado perpetuo de la mentalidad colectiva, en el que halla siempre toda innovación un ambiente de resistencia natural que dificulta su expansión.

Por eso, aunque siempre avanzando y siempre parados, los hombres en conjunto tenemos sorprendentes analogías con el espacio infinito, siempre igual y siempre distinto. Sin embargo, una exígua minoría, es cierto, pero no por eso menos respetable, ha llegado á la relativa capacidad crítica, no sólo para comprender las verdades enunciadas hace ochenta años, sino para ampliarlas y dotarlas de la popularidad suficiente para que penetren en las entrañas del pueblo.

Digamos, pues, que el Estado no ha perdido ninguna de sus antiguas prerrogativas bajo su moderna organización, sino que, al contrario, parece haberlas aumentado paralelamente á la mayor complejidad de las sociedades modernas.

Hoy, como siempre, nada se mueve fuera de su tutela, con frecuencia negativa; y más que antes, su férula falsamente protectora, cohibe y molesta por medio de sus infinitos organismos accesorios ó ejecutivos á cuanto se agita sobre la tierra. La provincia, el municipio, la familia, el individuo, todo rueda á tumbos y arrastrones como en aquellos tiempos en que exclamaba Luís XIV: «el Estado soy yo».

La independencia de las comunas medievales, las arrogancias de los ciudadanos que, fuertes por la comunidad, contenían los desafueros de los señores y los reyes, no siempre de acuerdo, han perdido su carácter económico en nuestras sociedades, para no reaparecer ya sino bajo un mayor desenvolvimiento sociológico en los albores de una sociedad libre.

En nuestros días, ni el individuo ni la comunidad productora, tienen otro derecho objetivo que el de pagar y callar. Nada de independencias jurídicas para los asuntos comunales; nada de derecho al «pan y á la sal» por el sólo hecho de ser miembro de

una comunidad; el Estado moderno resume en sí toda función ó potestad social, no habiendo una circunstancia substancial ó no que no sea de su exclusivo dominio. Y además de ese centralismo, cuyo sólo principio consiste en la subordinación á las abstracciones de sus teorías políticas, sin garantizar otra cosa que la vida é intereses de los vencedores, la mixtificación y el sofisma lo convierten en carroza brahmanica trituradora de humildes y vencidos.

Si queda en el mundo civilizado alguna reminiscencia de las antiguas instituciones populares, tales como los tribunales mixtos, el Jurado, los Prudhommes, el Tribunal de las Aguas en Valencia etc., no son otra cosa que tradiciones resucitadas ó esqueletos calcinados, funcionando sin ninguna independencia, perturbados por la fiscalización directa ó indirecta del Estado, cohibidos por las influencias malsanas de los personajes influyentes ó por las conveniencias políticas que juzgan *á priori*. Lo cierto es que el Estado, bajo el régimen representativo, fortalece sus instituciones fundamentales con los despojos de las ciudades y los ciudadanos. Bien en contra de las definiciones de Hobbes, Arheus, nuestro gran Azcárate y el novísimo Wilson, el Estado niega en la práctica los fines para que fué creado, dentro y fuera de cada una de las antagónicas teorías de sus apologistas.

Porque en verdad el Estado no garantiza nada, ni siquiera la integridad de una nación, con cuyo pretexto sostiene ejércitos ruinosos y que, llegado el momento de prueba, sin el auxilio del campesino que abandona su yunta en el surco y el obrero que arroja su martillo en el taller, lo mismo el territorio que las libertades conquistadas sufrirían rudos y mortales golpes hasta en las naciones fuertes. El organismo central sirve á lo sumo para proteger irritantes privilegios que fomentan en el seno de los pueblos la iniquidad y el antagonismo.

Y dígame lo que se quiera, si el Estado es monárquico defenderá la familia reinante, aunque sea con perjuicio manifiesto del país entero; si es republicano, apoyará su constitución y programa político por cuantos medios coercitivos ó represivos estén á su disposición, sin entretenerse demasiado en pensar sobre lo que pueda haber de más humano y progresivo en los nuevos estados de la evolución, ni observar si es posible contener en los estrechos límites de su programa los amplios anhelos de la mentalidad colectiva.

Si en la defensa de su organismo perece el pueblo y se hunde la historia de la nación, como ha sucedido en España, no por eso dejará de continuar impertérrito en su obra destructora; si se arruina el Tesoro, impondrá nuevos tributos, que gravitarán en último término sobre los desheredados. Si el descontento origina la protesta de las masas perjudicadas, antes que ceder á la razón ametrallará á los ciudadanos, atropellará mujeres y niños, fusilará cuanto emerja con carácter sedicioso y si la revolución no lo arrolla, «no dejará piedra sobre piedra» como si el Estado hubiera sido elegido por la historia para ejecutar el precepto bíblico.

ANTONIO L. RODRIGO

(Continuará.)

La isla

El batelero que lo conducía extendió el dedo hacia adelante, y el juez Arnold vió que la barca abordaba una isla que jamás había visto en el Rhin. Sobrecogióle extraño estremecimiento presa de terror desconocido; al cogerle, de improviso, el batelero, sintióse transportado á una ignorada tierra.

Era una ribera desierta y desnuda, cuyo arenal parecía no tener fin. Arnold quiso preguntar á su guía que país misterioso era aquel; pero al volverse se encontró solo, y á lo lejos, en el río, vió que se alejaba el que lo había conducido allí. A pesar de que sus piernas parecíanle de plomo, un irresistible deseo de caminar lo empujaba. Durante un momento sentóse en una piedra que pareció hundirse bajo su peso; mas sólo pudo estar sentado breve instante. Una voz indifinida y sin timbre decía á su oído: «Ven». Levantóse y caminó derecho, hacia adelante, como un ciervo que escapa al cazador y entra de nuevo en su madriguera. Erale ya indiferente su desfallecimiento, esperando algo desconocido, y, ansioso de saber, apresuraba la marcha. El arenal parecía no tener límites, las ondulaciones de sus arenas se prolongaban, cuando de pronto sorprendióle la aparición en el horizonte de una niebla color violeta. Comprendió que era el hálito de los árboles; el viento traíale el precioso olor de la resina, el potente y bienhechor perfume silvestre; y oyó un murmullo más triste y más suave que el rudo murmurar del río: el nocturno cuchichear de los dormidos bosques, cuyos sueños zumban.

Arnold atravesó un terreno cubierto de retamas y hojarasca, á trechos salpicado de achaparrados pinos. Después como sombrío pórtico, la selva abrióse ante sus ojos. Penetró en la enramada, deteniéndose antes un segundo; había oído pasos. Una sombra vino hacia él desde los senderos y sin sorpresa reconoció en ella á su compañero.

—Ven,—le dijo el batelero;—te esperan.

El juez, cojido de la mano del hombre aquel, se dejó conducir á través del laberinto de sendas. La noche era tan oscura que ni siquiera distinguía las facciones del que le guiaba. En derredor sentía alientos cortos, apresurados, como de gentes que corrieran, y creía encontrarse en medio de una horda salvaje. Cerraba los ojos y, mientras caminaba, procuraba contar los soldados de este ejército; pero no podía lograrlo. Sólo percibía una cadencia confusa, impacientándose cuando de nuevo oyó la voz del batelero.

—Hemos llegado,—le dijo.

El juez entonces miró en torno de sí. Estaba en un vasto claro, en cuyo centro se elevaba un estrado que la multitud silenciosa circuía. En el estrado un anciano y ante él, en actitud expectante, un hombre en pie. Arnold comprendió que se juzgaba á aquel hombre y una gran curiosidad se despertó en él. Quiso saber como se conducían los magistrados de aquel país singular; avanzó algunos pasos, la multitud apartóse abriéndole calle, y pronto estuvo en primera fila, con el acusado ante él, sin poder verle la cara.

—¿Qué ha hecho ese hombre?—preguntó.

—Por culpa suya han perecido semejantes suyos—respondieronle á su lado.

—¿Por qué no se le mata?—interrogó.

—Muy á prisa vas,—dijo á su oído una voz irónica.—¿Sabes tú cómo y por qué los hizo perecer?

—¿Qué importa!—replicó Arnold.

Iba á continuar cuando el anciano hizo una señal, y dijo entre el general silencio:

—Que se acerquen los acusadores.

Arnold vió á uno que salía de la multitud subir los peldaños del estrado. La figura de aquel hombre le era conocida; Sin duda se había encontrado ante él alguna vez, y como estaba cubierto de miserables andrajos, pensó, como buen juez, que aquel hombre había sido antes un justiciable suyo.

—¿Acusas tú?—dijo el anciano.

—Yo acuso,—respondió el hombre.—Yo

tenía antes un campo y de él vivía; pero el usurero vivía también del mismo, y llegó un día en que sólo el usurero pudo vivir de lo que el campo producía. Cierta día herí al usurero cuando buscaba su renta y de su bolsillo tomé una pequeña parte de lo que había sacado á mi sudor y á mi miseria. Este hombre que está aquí me condenó.

Ya me acuerdo,—gritó Arnold. Después rióse grandemente y se dijo que si antes había juzgado un delito análogo, no era él seguramente el procesado. Pensó que tal vez se tratara de algún juez prevaricador ó de algún criminal y estuvo á punto de advertir que debía rechazarse un acusador indigno, pero el que acusaba continuó:

—Un año me tuvo en la cárcel. Cuando recobré la libertad, mi campo era el campo de otro, y mi hogar no era ya mi hogar. Desde entonces he vivido sin asilo, sin techo y sin pan, hostigado por todo el mundo, como se hostiga á un perro abandonado ó á las fieras del bosque, y moriré como ellas al pie de cualquier zanja ó al borde de un pantano, ó aporreado el mejor día, como lo fué también mi hermana, condenada así mismo por ese hombre, como lo han sido todos mis hermanos, todos los que fueron castigados por haber sufrido sin que quisieran resignarse al sufrimiento, todos los que él mismo ha matado, todos los que ahora le rodean.

Movida por estas palabras la multitud se precipitó hacia el estrado, se apiñó en torno del acusador, y el acusado, entonces, gritó:

—He desempeñado mi oficio, he cumplido con mi deber, he servido á la ley.

—Tiene razón,—dijo Arnold,—yo he hecho lo mismo que él; nosotros no somos responsables de las heridas que causa la ciega cuchilla de la ley.

Entonces el que estaba en el estrado desapareció, y Arnold vió que era él mismo al que acababan de acusar, reconoció al que había hablado y reconoció así mismo á cuantos le rodeaban; todos los desdichados, todos los errantes desheredados, todos los vagabundos castigados por él porque habían tenido hambre y sed, porque habían comido el pan del vecino y bebido el vino de los demás, porque habían querido gustar, cansados de los caminos solitarios y pedregosos, la cama caliente y blanda donde se puede dormir tranquilamente y á placer.

Retrocedió Arnold ante ellos, y el anciano exclamó:

—Os entrego al que siempre aplicó la ley y jamás ha conocido la justicia.

Entonces, como una ola, la multitud se agolpó sobre el juez, y á través de los zarzales, en la selva tenebrosa, el juez huyó. Y corrió sin descanso, perseguido por el vengativo clamoreo, tropezando en los árboles hostiles, retenido por los abrojos, en dirección del río libertador cuyas ondas le llamaban y le recogieron cuando se precipitó en ellas, como á un niño que se acurruca en el seno de la madre, para no oír el terrible eco, aquel eco que repetía sin cesar que el juez Arnold no había conocido la justicia.

BERNARD LAZARE

La Patria

Acababa de presenciar en aquella estación, que es francesa y se llama Bayonne, un espectáculo verdaderamente extraordinario en Francia. Los dueños del *buffet*, con una tertulia numerosa, jugaban tranquilamente á la lotería, cantando los números premiados. Me acerqué cautelosamente.

—Si me hiciera usted el favor de mandar que me sirvan una sopa...

—¡El 40 pelao!—exclamó el apuntador. Repetí la petición.

—¡La edad de Cristo!—voceó el *citoyen*. Y yo:

—Si usted me hiciera el favor...

—¡El 19! ¡Lotería!...

Al volver al coche, me dijo Mr. Smith sacando el reloj:

—Esta debe ser la frontera de España.

—¿Eh?

—Sí, la frontera, porque el tren se ha parado tres cuartos de hora.

—El tiempo necesario, mister, para servir al viajero un plato de sopa.

—Y ¿cuánto cree usted que tardaremos en llegar á San Sebastián?

—Según... Es muy posible que á este paso no lleguemos antes de fin de mes. Pero no hay prisa. El viaje es divertido...

¡Y tanto! En Irún llovía, nó, diluviaba, y para ir de la estación á cualquiera de las llamadas fondas del pueblo era preciso pasar un brazo de río enlodado. Metiéndonos aquí en un bache, tropezando allá con un perro sarnoso, «maniobrábamos en lo insondable», alumbrados de vez en cuando por la luz de una cerilla. Mister Smith, inglés práctico, si jamás los hubo, encendió un farol, traído de Londres, y pudimos llegar, tanteando los muros, á una casa que debía ser *la fonda*, sólo que no lo es, precisamente.

—¡Deo gratias!—gritó el guía.

—¿Quién va?—preguntó desde arriba una voz chillona.

—Viajeros que buscan posada.

En el *silo*, esto es, en la fonda, diéronnos á cada viajero una habitación «ventilada» —como que metidos en la cama, y arropados con mantas de Palencia, todavía nos parecía mentira que no estuviéramos debajo del aguacero;—habitación de paredes severamente desnudas, y en la principal un crucifijo de gran tamaño, de ébano, con los brazos abiertos...

Habíamos dicho que nos llamasen á primera hora, pero no hubo necesidad, porque se encargó de hacerlo un labrador que se extravió en el pasillo. Aunque *la fonda* no tiene más que dos pisos, y en cada piso un pasillo que no tiene pérdida, el labrador, que por lo visto dormía por primera vez en poblado, la tomó por otro leberinto de Creta, y no acertando con la salida, que la tenía enfrente, empezó á vocear á la patrona:

—¡Amal... ¡Amal... ¡Que me he perdido y tengo que dir á la cuadra!...

Allá lo llevamos, á ver sus trigos; allá se fué, como quien va á su casa, y Mr. Smith no perdió tiempo en sacarle un croquis para el *Zoologique garden*.

Ya estaba yo un poco harto de Mr. Smith, porque todo se le volvía preguntar y repreguntar, como si hubiéramos desembarcado en el alto Congo;... y así fué que me alegré mucho cuando llegamos á San Sebastián, término de su ameno viaje.

Un pelotón de guardias civiles entró en el tren, y el mister, muy inquieto, me preguntó si había guerra en el país.

—Puede. Quizá le echen el «alto» al salir del andén.

—Y si me dan el «quién vive», ¿qué contesto?

—*Rizal*, contesta usted. (A ver si le sueltan una descarga asesina). Vaya, adiós, mister.

Y el tren siguió viaje á través de la patria...

¡La patria! El tan insigne como olvidado *Fray Gerundio* podría reproducir, sin gastar punto ni coma, las donosas impresiones que le sugirió su regreso de Francia. Acostumbrado el español á ver una innovación diaria en tierra extranjera, no puede menos de asombrarse cuando vuelve á su patria y observa que no pasan años por ella, como si fuese una roca abandonada ó inmóvil en el bullicioso oleaje del progreso europeo, *el país de los carneros*, como le llama Ives Guyot en su notable y reciente libro sobre la *Evolución política y social de España*. *Fray Gerundio* podría apuntar en su cartera de viaje, como única innovación, que en las más de las estaciones encuentra el viajero, ganoso de calentarse el estómago, agua y azucarillos, leche en botijo y pastillas y bombones de la fábrica de chocolates de un señor López. Ni carne, ni vino, ni libros, ni periódicos, ni pasto intelectual, ni pasto material; y el tren, como si fuese un carro de la Funeraria, marcha á trompicones por los ári-

dos campos de la miseria y el abandono, azotado por un airazo que no encuentra muros de contención, porque las pobres gentes viven como los topos: en las profundidades del suelo...

Yo tuve una horrorosa pesadilla en Venta de Baños, mientras esperaba, con los ojos cerrados y tiritando de frío (aunque vestido y envuelto en mantas), el cruce de un tren. Ví en sueños que la patria se había transformado en espantosa llanura, con una sola casa, que era la iglesia, y en el frontispicio un crucifijo muy grande, el mismo de Irún, con los brazos abiertos, alrededor del cual revoloteaban unos pajarracos muy negros, con crestas de teja. Un viento tormentoso barría de arriba abajo la escueta llanura, que dijérase sembrada de sal, y á mí se me helaban los huesos. Quise abrigarme refugiándome en los brazos del crucifijo, y al retroceder con espanto, recordando que á su sombra y en su nombre ha cometido el clero todos los crímenes que han hecho de España el país de los carneros, le grité: ¡Maldito seas!...

LUIS BONAFoux

La violencia revolucionaria

Era en Rusia, precisamente, donde, bajo la influencia de Tolstoi, habían adquirido mayor prestigio las doctrinas cristianas de la *no resistencia al mal*, de la *resistencia pasiva* contra las violencias del poder. De allí se extendieron por toda Europa, formando una escuela ó secta, algunos de cuyos afiliados se han dado el nombre de *anarquistas cristianos*, promoviéndose con tal motivo frecuentes discusiones entre los revolucionarios de todos los países.

Se ha pretendido que los anarquistas cristianos, ó *tolstoístas*, podían dar lugar á entorpecimientos y desviaciones de la buena táctica revolucionaria. Se ha dicho también que vivían fuera de la realidad.

Los hechos revolucionarios que han comenzado en Rusia han venido á hacer mucha luz sobre estas cuestiones.

Desde luego se ha patentizado que, efectivamente, la *resistencia pasiva* contra las violencias gubernamentales no puede ser práctica. Los mismos partidarios de ella, como el *pope* Gapon y sus acompañantes, que se habían presentado humildemente, sin armas y provistos de imágenes sagradas y retratos del Czar, han tenido que desengañarse ante la ferocidad de los verdugos que han paseado sus caballos al galope por encima de los cuerpos de los ciento cincuenta mil hombres que imploraban la clemencia del que llamaban *padre*.

La humildad y las súplicas no ablandaron el corazón de los verdugos del pueblo ruso, sino que les envalentonaron, haciéndoles creer que por medio del rigor, usando de más extraordinaria ferocidad, lograrían imponer silencio en las masas de hambrientos, ahogando en la sangre tan fácilmente derramada los anhelos de libertad de todo un pueblo.

La lección de aquellos días, que figurarán en la historia al lado de los días más terribles, ha sido luminosa, y los que entonces se presentaron humildes á los pies del tirano han sido los primeros en comprender su significación. El *pope* Gapon vió destrozada por las balas de los cosacos la imagen del Czar que había tomado como bandera, y comprendió entonces que los lazos de amor entre los gobernantes y los gobernados no

eran sino una ilusión dañina para el pueblo oprimido. Comprendió también que las súplicas dirigidas á los poderosos eran tan inútiles como si se dirigieran á una manada de voraces lobos. Entonces él mismo gritó al pueblo que no se arrodillara más, que por el contrario, se levantara enérgico y respondiera á la violencia con la violencia. El *pope* cristiano proclamó anulados los juramentos de fidelidad y declaró que la sangre de los inocentes separaba para siempre, como un abismo insondable, á las víctimas de los verdugos.

¿Qué significa este cambio? Significa que la realidad se impone desvaneciendo las ilusiones. Significa que «la violencia llama á la violencia» y que «el que á hierro mata á hierro debe morir».

¿Es esto hacer la apología de la violencia? De ningún modo, sino todo lo contrario.

Tienen razón los que condenan la violencia como sistema. Tienen razón los que abominan del régimen autoritario que en todas las naciones se impone por la violencia. Hay que hacer cesar la violencia, hay que destruir los regímenes que en la violencia tienen su fundamento y su razón de ser.

Pero esos regímenes de violencia tienen de malo, precisamente, el que ninguno de los que á ellos se hallan sometidos puede escapar á su acción dañosa; tienen de malo, precisamente, que siendo violentos en sí mismos engendran la violencia por todas partes, y sólo por la violencia podrán ser destruidos.

Podrá el mismo Tolstoi, según se dice, condenar ahora las violencias revolucionarias; pero esas mismas violencias ¿son otra cosa que consecuencias naturales del odio contra las violencias del poder que han hecho nacer y desarrollar en el pueblo ruso las mismas doctrinas *tolstoianas*?

Para que en el mundo reine la paz es necesario acabar con las guerras, destruyendo sus causas, anulando á los que las promueven.

Para que reine en el mundo la justicia es necesario destruir los gérmenes de la injusticia y modificar el ambiente que favorece la vida y desarrollo de tales gérmenes.

Para acabar con la violencia no basta poner en los corazones el amor á la paz y á la armonía; es indispensable también luchar contra la violencia en ejercicio y contra las causas que la determinan, y esta lucha, por necesidad, por la fuerza misma de las cosas, tiene que ser decidida y enérgica. ¿Qué más quisieran los partidarios de la violencia sino encontrar solamente adversarios humildes, á quienes poder tratar brutalmente con el látigo y exterminar fácilmente con el asesinato con garantías de impunidad?

La realidad se impone. La lección de los hechos es más elocuente que las palabras hermosas.

Para hacer triunfar la injusticia, hay que dar fuerza á los ideales justicieros. Para abolir la violencia, hay que destruirla violentamente.

Esta es la finalidad revolucionaria.

Cuando la violencia haya sido destruída, entonces podrán reinar la paz y la armonía entre los hombres.

La Anarquía, por Elíseo Reclus, 15 céntimos.

Extensión Universitaria

El sábado dió el señor Alorda su segunda conferencia sobre Agricultura.

Explicó la formación de las tierras y los elementos que componen las de labor.

Demostró la necesidad del análisis de las tierras para poderlas explotar con provecho y economía.

Pueden analizarse por varios procedimientos: el organoléptico, ó sea por medio de los sentidos; la observación de las plantas que nacen y se desarrollan espontáneamente en un terreno; el análisis físico; y finalmente el químico.

Acompañó sus explicaciones de experimentos con una muestra de tierra en la que determinó la existencia de magnesio, caliza, hierro y cobre.

* *

El domingo por la tarde el mismo señor Alorda inauguró una serie de conferencias, también sobre Agricultura, en Alayor, correspondiendo á las solicitudes de la sociedad cooperativa obrera «Paz y Unión». El local de la misma se vió completamente lleno.

* *

El Liberal anuncia que las conferencias del señor Alorda se publicarán en folleto, á fin de popularizar las enseñanzas de la Agricultura moderna.

* *

Mañana continuará el señor Acevedo disertando sobre las *Leyes de la Historia*.

ECOS Y COMENTARIOS

Ha sido puesto en libertad el compañero Leopoldo Bonafulla.

Pero siguen presos Clariá y Soler, habiéndose recurrido á una habilidad curialesca para no considerarles comprendidos en el indulto.

Bien mezquina es la gracia del indulto y todavía la escatiman los encargados de su aplicación.

* *

Nos dicen de Barcelona que veinte y tantos obreros han sido encarcelados por el *mitin del hambre*.

Ni hambre se puede tener legalmente en aquella ciudad.

¿Qué se han hecho las energías de los obreros catalanes?

* *

Desde hace algún tiempo los periódicos católicos no pierden ocasión de hablar de las cuestiones sociales, aconsejando á los obreros... ¿que procuren ganar más ó que el trabajo sea menos penoso? No; ni tampoco aconsejan á los patronos católicos que paguen el jornal á sus operarios en los días que pierden por las festividades religiosas. Nada de esto.

Lo que aconsejan á los obreros es que se sometan, que se humillen ante los curas, que les obedezcan,... y que les den dinero para misas.

Eso de la religión es un negocio que va rápidamente hacia la quiebra. Por esto los curas que se ven perjudicados en donde más les duele, ó sea en el bolsillo, están furiosos y echan chispas cuando escriben ó predicán.

Pero ya es tarde. Los mismos curas, con su conducta y con sus ambiciones mal disi-

muladas abrieron los ojos de los que fueron creyentes.

Que griten, que rabien; no harán sino poner más de manifiesto la falta de verdadero cristianismo que hay en sus corazones.

Un cristiano que obrase de conformidad con las máximas evangélicas merecería respeto; pero un cura de los que andan por ahí predicando y escribiendo en los periódicos católicos sólo merece que le desprecien ó que le pongan en ridículo.

PAPEL IMPRESO

El número 161 de *La Revista Blanca*, correspondiente al 1.º del actual contiene el siguiente sumario:

Al pueblo ruso, El Comité de acción ruso.—*La necesidad ética del presente*, Pedro Kropotkine.—*Permanencia y finalidad de la revolución rusa*, Federico Urales.—*Evolución super-orgánica*, Enrique Lloria.—*Un poco de juventud*, Angel Cunillera.—*A. B. C. de astronomía*, Federico Stakelberg.—*El derecho del padre*, (continuación), Dr. Enrique Fischer.—*Crónica de Arte y Sociología*, J. Pérez Jorba.—*Libros*, La Dama Gris y Rosendo del Pinar.

Administración: Cristóbal Bordiu, 1.º Madrid.

Natura, en su número 36, correspondiente al 1.º de Marzo, publica los trabajos siguientes:

Autonomía y Solidaridad, por la Redacción.—*La abolición de los Derechos feudales*, por P. Kropotkine.—*Gobernantes y Gobernados*, por Andrés Girard.—*Ejecución de una nihilista*, por Juana Sitvinoff.

Administración: Floridablanca, 126, 1.º, 2.ª, Barcelona.

Hemos recibido también los dos primeros números de *Avenir*, semanario de sociología, literatura y arte, escrito en catalán y castellano, que publica un grupo de compañeros de Barcelona.

Administración: San Pablo, 112, 3.º

Del editor D. Luis Tasso, de Barcelona, hemos recibido el cuaderno 22 de la preciosa novela *Los Siete Pecados Capitales* de Eugenio Sue, presentada con esmero y al módico precio de 15 céntimos el cuaderno de 32 páginas y lámina de regalo.

CORRESPONDENCIA

Bilbao.—R. M. Recibidas 26'70 pesetas. Enviamos los 4 ejemplares que faltaban. El folleto *Incapacidad progresiva* no es el mismo que editaron los compañeros de Barcelona. Del periódico seguiremos enviando los mismos de antes. Si quieres más avisa.

Lérida.—S. P. Recibidas 15'60 pesetas. Hacemos reducción y cambio.

Sevilla.—F. G. M. Recibidas 5'25 pesetas. Hacemos lo que indicas en tu carta.

Reus.—J. V. T. Recibido carta y folletos. Escribiremos.

Mollina.—A. R. Por el motivo que indicas no disminuimos ejemplares.

Barcelona.—T. C. Enviamos medio paquete desde este número.

Linares.—A. L. Id. id. id.

Valencia.—Hemos retirado el paquete al corresponsal D. G. Los compañeros que deseen recibir el periódico pueden dirigirse directamente á esta administración.

El Porvenir del Obrero

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 ejempls. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Castillo, 59. Mahón (Baleares).

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»